

# Nadie lo habría esperado de aquel niño devoto

Por N. Viera Altamirano



Mis hermanas mayores Mary y Metta me contaban que de niño fui algo retardado para hablar y que mi pobre madre más de una vez pensó que el tercer hijo varón le iba a resultar tartamudo, por lo cual me habían impuesto como devoción que cada vez que fuera a misa yo le besara las manos al tata cura. Afortunadamente el tata cura de La Unión era el padre Eduardo Manzano, pariente de mi madre y los dos, originarios de la ilustre y aún no desaparecida del todo ciudad de San Alejo.

Mi asistencia a la misa era una cosa infalible. Las gentes se deshacían en elogios viendo aquel muchachito tímido que se hincaba y se levantaba conforme al ritual y que llegó a memorizar trozos de latín del sacerdote.

Nadie se habría imaginado que el niño aquel iba a convertirse en un rebelde al punto de que en San Miguel, después de mis arremetidas al primer obispo que tuvo allá la ciudad y que fue nada menos que monseñor Dueñas y Argumedo, las buenas gentes católicas de la ciudad se persignaban cuando se encontraban conmigo en la calle.

Ponía yo mucha atención en la misa. El templo favorito era la antigua iglesia de San Francisco y todavía muchos años después recordaba frases y párrafos largos del sacerdote que yo retuve con la imprecisión del que no entendía bien la cosa y lo repetía a como había lugar. "In unum Deum, Patrem omnipotentem, factorem caeli et terre,

visibilem ómnium et invisibilem. Et in unum Dóminum Iesum Christum. Filium Dei unigénitum".

Todavía recuerdo que cuando en San Miguel celebrábamos fiestas juveniles y yo hacía de tata cura con mi gran capa de lluvia negra yo echaba bendiciones repitiendo mi latín maravilloso. Claro está que tenía que crecer y crecer y una de mis pretensiones en el colegio era que nadie me llevaba en estatura. Los muchachos compañeros se fijaban mucho en mis pies y me clavaron el sobrenombre de patagón. Yo me los llevaba en tamaño, de muy hombrecito. Entre los compañeros había uno medio tonto y baboso y un día de tantos los compañeros me incitaron, al punto de que yo me vi en el caso, a la vez, de provocar al compañero tonto. Muy valiente lo reté a pelear pensando que yo llevaba todas las ventajas, pero cuál sería mi sorpresa que el tonto me resultó muy fuerte y al revés, fue él quien me dio la paliza. Pero en fin, volvamos a La Unión. En el colegio donde yo estudiaba y que era mixto, la directora era maestra inteligente que se había formado en Guatemala, —como era lo usual entonces—, recuerdo su noviazgo con don Lisandro V. Montiel. En el colegio de niñas todo era sencillamente infantil, pero ya en mí se despertaba el pecador y recuerdo que le hacía ojos a una de las niñas que lucía abundantes bucles a pesar de que allá a los años la iba a traicionar nada menos que con su hermana —que tenía la noche entera en los ojos.

Pues bien, no sé cómo, después de

largas vacaciones mi padre le pidió a un viejo amigo cierto día que me dejara trabajar en la estación del ferrocarril. Como debe constar en alguna parte, la línea férrea se empezó a construir con dirección a San Miguel allá por 1898 y habría llegado a la metrópoli oriental de no haber surgido un desacuerdo grave entre el Gral. Tomás Regalado y el Gral. Villavicencio, lo que dio motivo a que los trabajos realizados se abandonaran indefinidamente hasta que el convenio Avalos Keilhauer, le inyectó vida a la fracasada compañía. Así durmió la compañía hasta 1908.

Pues bien, mi padre convino en que ingresara yo como asistente o ayudante en la estación del ferrocarril, chequeando carga en el tren local que ya llegaba hasta El Papalón. Allí empecé a hacerme de cierta destreza que me sirvió mucho allá con los años hasta el punto de considerarme un contador que le pegaba a cualquiera. Conforme los consejos de mi padre, yo fui un muchacho de una gran disciplina. Mi padre me predicaba constantemente y me infundió austeridad: "Hay que trabajar y ahorrar y levantarse para no correr el riesgo de con el tiempo volverse indigno".

Estaba yo, pues, colocado en el camino, ayudando al agente que era el amigo de mi padre y quien tomaba las cosas con cierta natural tolerancia sabiendo el medio en el cual vivía. Pero una de las órdenes que me dio era que a la oficina no debía entrar nadie que no fuese del servicio. En

las poblaciones pequeñas, la gente que no tiene nada que hacer abunda, no sólo particulares, comerciantes retirados, sino también empleados del gobierno. Pero pasa que un día el comandante del puerto, el Cnel. Ricardo Sol, dispuso entrar sin mayor explicación y yo no tuve más remedio que cerrarle la puerta y ponerle llave. La puerta no se abrió a pesar de los puntapiés que le daba el Cnel., sino hasta que intervino el propio agente. El Cnel. me gritó: "¡Pedazo de olote, no sabe usted que soy el comandante del puerto!" Yo, tranquilamente le respondí: "Lo sé muy bien, pero no he hecho más que cumplir la orden. Aquí no debe entrar nadie que no sea del servicio. Vea ese rótulo."

Aquella experiencia estaba como moviendo la brújula y con gran frecuencia yo recordaba lo de mi padre. "No hay que perder la dignidad. Preferible comer tierra a humillarse". Al día siguiente llegó un telegrama del superintendente Sr. Bowen, un americanote serio que se arrancaba pelos de las cejas y que imponía el orden en todas las dependencias de la compañía. El telegrama decía sencillamente: —"Llegaré mañana y quiero ver a Altamirano". Yo vi el mensaje. Se me enfriaron las piernas y dije para mí: Esto es el acabóse y no más ferrocarril. Efectivamente, llegó Mr. Bowen y me llamó aparte y sorpresivamente me preguntó: "¿No querría usted ir de cajero a San Miguel?" Es decir, en vez de llegar para destituirme llegaba para ascenderme. Entonces yo de una manera inmediata asumí una actitud como la de un rey. Me hice como el que vacilaba, pero a los pocos minutos que reanudamos la plática le dije a Mr. Bowen que aceptaba el cargo de pagador.

Ricardo Sol, por lo que recuerdo, era una buena gente pero de naturaleza violenta. Era pupilo del principal hotel de La Unión y perdió la cabeza al enamorarse de una de las dueñas, sin tomar en cuenta que al mismo tiempo vivía allí un gran músico hondureño cuyo nombre era Gabriel Cierra. En una de tantas se produjo un altercado violentísimo y Ricardo Sol disparó y le quitó la vida al hondureño. Muchos años más tarde, mientras desempeñaba un cargo en Chinameca, le llegó su fin. Según cuenta, acostumbra él en las tardes calurosas, pasearse en la acera de la casa donde residía y luego tomaba su descanso en una mecedora. Una noche de tantas, de un cafetal vecino, salió un disparo y Ricardo Sol cayó muerto. Era de suponerse que los deudos de Gabriel Cierra, desde Honduras, habían enviado al vengador.

Yo no podía calificarme por mi propia cuenta y dejo que algún amigo, mañana, cuando yo ya no esté contando cuentos, haga mi defensa. ¡Madera de dictador! ¡Madera de dictador! y yo respondería: preferible ser así a tener las rodillas encallecidas. No creo que me será difícil reproducir en alguna próxima edición del Diario una nota editorial mía opinando por qué el escritor tenga dos oficios: escribir o pegar ladrillos o pintar casas, o romper la tierra con el arado o cualquier cosa, pero esa cualquier cosa, solamente para cubrir el riesgo y que pueda en cualquier momento pensar que la verdad suya, esa verdad que a su juicio debe salir siempre al campo a pelear, tiene un corazón leal que le sirve y le da impulso.